



EX LIBRIS



MAREA
EDITORIAL

Cecilia González

NARCOSUR

LA SOMBRA DEL NARCOTRÁFICO
MEXICANO EN LA ARGENTINA

MAREA
EDITORIAL



INTRODUCCIÓN

A principios de mayo de 2008, mis editores me pidieron que escribiera una nota sobre los decomisos de efedrina que hubieran seguido la ruta Argentina-México.

Hacía ya cinco años que trabajaba como corresponsal en Argentina, pero en todo ese tiempo el narcotráfico nunca había estado presente en la agenda prioritaria del gobierno ni de los medios; solo de vez en cuando aparecían noticias sobre operativos, incautaciones y consumo de cocaína y marihuana o detenciones de supuestos narcotraficantes.

Como no tenía idea alguna del tema, la orden me pareció sin sentido, una de esas ocurrencias que los jefes tienen de vez en cuando y que a los reporteros nos parecen absurdas.

Muy pronto descubrí lo equivocada que estaba. Bastó indagar muy poco para saber que, en menos de dos meses, habían sido decomisados 171 kilos de efedrina en la ruta aérea Buenos Aires-Ciudad de México. Las autoridades argentinas sospechaban que los narcos habían establecido una nueva vía para traficar el precursor químico que –supe entonces– sirve para producir

medicinas legales, antialérgicas y descongestivas, pero también anfetaminas, metanfetaminas y otras drogas de diseño que en las últimas dos décadas se convirtieron en la nueva mina de oro del crimen organizado, sobre todo por su alta rentabilidad y su facilidad de producción y transporte, mucho menos compleja que la de la marihuana o la cocaína.

Los cargamentos pasaban por los aeropuertos escondidos en el doble fondo de maletas o eran despachados como materiales de construcción y suplementos dietéticos que suelen consumir los deportistas. Después de publicar mi nota, me enteré de que por vía aérea solo se realizaba un tráfico menor, porque los envíos verdaderamente importantes se mandaban en barcos, escondidos entre toneladas de azúcar. En su mayoría, salían del puerto de Buenos Aires rumbo a Manzanillo, una de las codiciadas playas del Pacífico mexicano y sede del Cartel de Colima, la banda de los hermanos Amezcua, especializada en la producción y tráfico de metanfetaminas.

La efedrina —un alcaloide extraído de la planta *ephedra* que crece principalmente en Asia— circulaba a raudales en Argentina gracias a los controles laxos que había para su importación y venta. Las noticias sobre los operativos en los que se decomisaban algunos cargamentos no tenían demasiada trascendencia, así que este precursor químico, que en ese 2008 ya estaba prohibido por completo en México, seguía siendo un misterio para los argentinos. Como el tema no tuvo mayor impacto público, lo mantuve en un segundo

plano, sobre todo porque en esa época el conflicto entre el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner y las patronales agropecuarias copó la agenda noticiosa.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que la bomba de tiempo en la que se estaba convirtiendo el tráfico de efedrina estallara.

El 17 de julio de 2008, justo en los días en que el kirchnerismo enfrentaba una dura derrota política ante el agro, la Policía detuvo en una casa en la provincia de Buenos Aires, muy cerquita de la Capital, a nueve mexicanos y un argentino que manejaban el primer laboratorio de producción de drogas de diseño encontrado en este país.

Las especulaciones sobre la llegada de temibles carteles mexicanos que estaban transformando la categoría de Argentina de “país de tránsito” en “país productor” de drogas se desataron de inmediato. Hasta ese momento, poco se sabía aquí de la guerra contra el narcotráfico que ya era el eje del gobierno de Felipe Calderón en México, pero de pronto el tema se coló de lleno en la agenda pública.

El desmantelamiento del laboratorio provocó un escándalo mediático, ya que se probó que los tentáculos del narcotráfico mexicano habían vuelto al país luego del millonario lavado de dinero que el Cartel de Juárez había realizado en Argentina en 1997.

Once años después, resultaba que otros mexicanos estaban produciendo drogas en Buenos Aires y llevándolas hacia el norte del continente.

Los diez detenidos se convirtieron en un eslabón

más de una larga y compleja historia que tenía ribetes surrealistas, porque encadenaba episodios en apariencia inconexos, como un chino que guardaba 205,6 millones de dólares en efectivo en una residencia en el Distrito Federal con una señora de la alta sociedad argentina asesinada de manera misteriosa; a un presunto líder narco que vendía camisetas en un blog para proclamar su inocencia con tres empresarios argentinos ejecutados como en tiempos de la dictadura militar; a una mafia de adulteración de medicamentos con acusaciones de lavado de dinero en campañas presidenciales.

El común denominador de todas las historias era la penetración del narcotráfico mexicano en la sociedad argentina.

En los meses siguientes al descubrimiento del laboratorio, investigué con detalle todas las novedades del caso que la prensa bautizó como “la ruta de la efedrina”, pero las notas informativas y los reportajes que enviaba por separado a mi agencia no alcanzaban a explicar claramente lo que pasaba. La historia era muy atractiva. A cada rato aparecían nuevos elementos. Cada vez que iba a México y contaba algún episodio, mis amigos me decían que tenía que escribir un libro. Yo me negaba. Me daba miedo porque me parecía un tema demasiado escabroso. No quería saber nada del narcotráfico. Podía seguir entretenida con mi trabajo diario de corresponsal, que no era poco.

Mi percepción cambió el 7 de agosto de 2010, durante unas vacaciones en el Distrito Federal, cuando tuve la

suerte de coincidir con “Los queremos vivos”, una movilización organizada desde las redes sociales por varios compañeros para defender al periodismo y denunciar los numerosos asesinatos de periodistas en medio de la guerra contra el narcotráfico, y cuyas muertes, como las de miles de ciudadanos, permanecen impunes.

Teníamos muchas dudas sobre la capacidad de convocatoria que tendría una movilización inédita, porque nunca antes los periodistas mexicanos nos habíamos organizado de esa manera. La incertidumbre mutó en emoción cuando vimos cómo el Ángel de la Independencia (nuestro Obelisco) se colmó de trabajadores de distintos periódicos, radios, televisoras, agencias de noticias y medios alternativos. A las doce y quince del mediodía empezamos a caminar por Paseo de la Reforma, muchos ruborizados porque no nos gusta “ser la nota”, pero obligados, justamente, porque el asesinato de alguno de nosotros es una de las noticias más desoladoras que podemos dar.

Con el apoyo de hombres y mujeres de diversas organizaciones sociales, funcionarios y ciudadanos, repartimos comunicados, alzamos pancartas y caminamos decenas de cuadras hasta llegar a la Secretaría de Gobernación, (equivalente al Ministerio del Interior). A cada paso, fuimos cada vez muchos más. Demostramos que no podíamos paralizarnos ante los riesgos que estaba enfrentando el gremio. Sin exigir condiciones de privilegio, solo protección y justicia. El tsunami de violencia desatado en México había convertido a los periodistas en nuevas víctimas, cuyos rostros

exhibimos en una larga manta a imagen y semejanza de las que cargan los organismos de derechos humanos en Argentina con sus miles de desaparecidos. El motivo por el que estábamos ahí era triste e indignante. Al mismo tiempo, bajo el agobiante calor de ese mediodía sabatino, rondaba una sensación de alegría y orgullo por participar, por alzar la voz, por hacer algo.

Pese al temor de sufrir represalias en los medios en los que trabajamos, pese a las críticas de muchos colegas que decidieron no sumarse y a la desconfianza que hubo en torno a la movilización, terminamos satisfechos. Sin sentirnos héroes, apenas ciudadanos ejerciendo nuestro derecho a reclamar. Con un debate pendiente para definir la ruta a seguir y mecanismos de seguridad para trabajar en un desconocido clima de extrema violencia.

En esa marcha me di cuenta de que, en Buenos Aires, yo reportaba en un ambiente de privilegio, a diferencia de los riesgos reales que enfrentaban otros periodistas en medio del campo de batalla en el que se habían convertido varias ciudades de mi país. Mis compañeros me contaron las condiciones en las que trabajaban, sin seguro médico o de vida, a veces sin cuidado alguno por parte de sus medios, autocensurándose por seguridad, algunos amenazados de muerte. Amedrentados por todos lados: por los narcotraficantes y por un gobierno que, ante cualquier crítica, denuncia o esfuerzo por mostrar la complejidad de una realidad que no se podía resumir en “buenos” y “malos”, los acusaba de hacer apología del delito.

Pese a todo, seguían reportando.

Después de ese viaje, volví a Buenos Aires y participé en un foro de periodismo de investigación en el que predominó el debate sobre la violencia en México y los riesgos sufridos por los periodistas. El tema del narcotráfico no dejaba de acosarme. Sentía que tocaba con insistencia a mi puerta y ya no tenía más remedio que abrirle.

—Hay historias que nos buscan —me dijo de una manera casi poética Marcela Turati, una de las mejores periodistas mexicanas, cuando le conté las dudas que aún tenía sobre esta investigación.

Esa noche, en mi casa de Buenos Aires, hablamos sobre las paradojas, porque se supone que los periodistas siempre estamos a la caza de crónicas interesantes, pero es verdad que, a veces, son las propias historias las que nos encuentran.

Convencida por fin de que tenía que escribir este libro, comencé un trabajo que demoró poco más de cinco años a partir del descubrimiento de la ruta de la efedrina. Hablé con jueces, policías, abogados, fiscales, académicos, funcionarios de ambos países, periodistas y familiares de los supuestos narcos. Leí decenas de libros y revisé cientos de diarios. Estudié expedientes que a veces prefería cerrar, porque me demostraban la existencia de un submundo delincuencia que nos rodea a todos los ciudadanos, que es una amenaza real en la que colabora parte del poder político y del judicial que casi nunca llega a ser identificado por completo.

Al final del recorrido, supe que no tendría todas las respuestas. Las investigaciones policiales no han logrado desenredar todos los nudos. Hay decenas de prófugos, quedan muchas dudas, faltan pruebas y varios juicios están en marcha.

Gracias al trabajo del investigador Edgardo Buscaglia, supe que Argentina no era un caso excepcional. La ampliación de mercados del crimen organizado mexicano alcanzaba, en la primera década de este siglo, por lo menos a 52 países y abarcaba desde nexos con criminales africanos para introducir cargamentos en Europa hasta negociaciones del cartel del Golfo con la 'Ndrangheta, la mafia más poderosa de Italia.

Como cualquier otra gran empresa multinacional, los carteles mexicanos se habían internacionalizado y diversificado. Y en ese proceso, Argentina se convirtió en una nueva y disputada plaza.

Buenos Aires, septiembre de 2013

MAREA
EDITORIAL